

LA DÉCIMA PLAGA

Moisés ha sido guiado por el Señor a volver a Egipto y a confrontar en su nombre al faraón quién sustentaba el mayor poder de aquella época. Egipto había vuelto a unificarse y subyugaba a los hebreos y a otros pueblos que se habían congregado en el Bajo Egipto en época de José hacía ya más de cuatro siglos. Dios había dirigido a los descendientes de Jacob hacia aquel lugar para evitar su extinción como pueblo debido a la hambruna y escasez de la tierra, pero había prometido al patriarca Jacob que cumpliría su palabra fielmente y que, cumplido el tiempo, sacaría a todo el pueblo con mano firme para llevarlo de vuelta a Canaán. Jacob hizo jurar a José que a su muerte le enterraría en Macpela, cueva donde estaban los restos de su esposa Lea, sus padres Isaac y Rebeca y sus abuelos Abraham y Sara (Gn 49:31). Cuando murió José fue momificado según las costumbres egipcias y guardado en un ataúd, pero por la misma fe de su padre solicitó que el día que el Señor les visitara para regresarlos a la tierra prometida, su ataúd se iría con ellos.

La negativa de faraón

Moisés y Aarón ya habían tenido varias audiencias con el faraón para solicitarle en nombre del Señor Jehová de Israel que les permitiera salir al desierto a ofrecerle sacrificios, pero la renuencia del monarca había provocado la ira del Señor quién desplegó su gloria al derramar una por unas nueve plagas provocadas por su mano. Dios hizo despliegue de su poder al dirigir su creación para que hiriera de distintas maneras a la población. Primero afectando el medio ambiente donde se desarrollaban tanto los hebreos como los egipcios, pero posteriormente provocando mayores enfermedades y daños materiales a los egipcios exclusivamente. Con todo ello, faraón no quiso liberar al pueblo hebreo, y al final cuando cedió en su pretensión no permitió que se llevaran ningún animal ni elemento material.

La última plaga Éxodo 11

En esta lección veremos al Señor anunciando su último y más grande acto portentoso que marcará un antes y un después en la vida del pueblo de Israel: la décima plaga. Esta provocó la muerte de todo primogénito humano y animal, a excepción de aquellos que se refugiaron en la señal que Dios había concedido en su misericordia para salvarlos.

La reacción del faraón

No podemos estar seguros de qué pensaba el faraón cuando fue testigo de las plagas anteriores. Quizá fuera escéptico como muchos de los intelectuales modernos y pensó que hubo una coincidencia entre las amenazas de Moisés y la aparición de los eventos de la naturaleza; la Biblia plantea que el Señor quiso demostrarle que no hay otro dios bajo el cielo que pueda doblegar su voluntad soberana. Cuando la plaga en cuestión cesaba, faraón se endurecía más y se negaba a reconocer la mano de Dios actuando. Ahora la última plaga no responde a ningún evento previamente sufrido, moriría el primer nacido varón de cada familia, en una noche determinada, lo que provocaría una gran desolación. Quizá una analogía semejante sería la de la muerte de todo un ejército en campo de batalla, pero sin que exista ninguna baja del ejército oponente.

La única escapatoria

Una especial condición de esta plaga es que los primogénitos de Israel serían exceptuados de morir bajo una condición: se derramaría la sangre de un animal que sería sacrificado (una ceremonia que practicaban tanto los hebreos como los paganos), pero esta vez esa sangre colocada en los dinteles de la puerta sería una señal que

libraría de la muerte a los que se acogieran dentro de aquella casa. La palabra pascua en hebreo es pesaj: “pasar por alto” o “perdonar”.

Esta plaga era enviada como las otras como juicio de Dios, así que el mismo Señor está ordenando la acción que se debía llevar a cabo para que ÉL, en un acto de gracia, salvara a los primogénitos de su propio juicio. *La salvación del pueblo hebreo fue una obra de Dios para sortear el juicio del mismo Dios.*

La misericordia divina

No había ninguna condición especial entre aquellas familias hebreas para que Dios derramase sobre ellos su misericordia. Según la Biblia muchos eran idólatras, muchos murmuraban y dudaban del poder del Señor, incluso en las horas posteriores al éxodo argumentaron contra Moisés preguntando por qué los había sacado de la esclavitud si en el desierto estaban más expuestos a la muerte que en Egipto. No habían podido cumplir ningún precepto de la ley porque todavía no había sido establecida. El único fiador que estaba cumpliendo su parte del pacto era Dios mismo, quién había prometido a Abraham darle una descendencia que nadie podría contar, una tierra donde habitar y un descendiente que sería de bendición a todas las familias de la tierra. Leer Gn 15.

Un rescate especial Éxodo 12

Además, la salvación de la muerte de aquellos primogénitos fue posible gracias a la sangre derramada de un sustituto. Esa noche Dios estableció el “derecho del redentor”. Redimir en este contexto significa pagar el rescate, sacar de la muerte segura a alguien, librar mediante un precio fijado previamente. Hemos dicho al iniciar la historia de Moisés, que Dios lo escogió para ejecutar en un momento particular de la historia humana el leitmotiv de su obra redentora. La primera pascua fue establecida el 14 de Nizán (o mes de Abib porque coincide con el inicio de la primavera), se conmemorará desde entonces comiendo esa noche el animal cuya sangre había cubierto y redimido a los primogénitos y continuaba por un período de siete días denominado de los panes ázimos o sin levadura. En la lectura de Éxodo 12 se vislumbra el leitmotiv de la historia de redención que Dios tiene preparada desde antes de la fundación del mundo.

Los panes sin levadura

Hoy sabemos que la levadura es un hongo que existe en la naturaleza y que es capaz de alimentarse de los nutrientes que contiene la harina y transformarla por fermentación en ácidos, alcohol y gas (Co2). Esos elementos quedan atrapados en la masa dando la típica consistencia de esponja. En aquella época se preparaba el pan con masa madre, esto es con una mezcla previamente estacionada que contenía la levadura que en el proceso de fermentación se iba multiplicando y creciendo, así se podía poner un poco de esta mezcla en una nueva ración de harina y agua y se repetía el proceso.

Es interesante que la Biblia utiliza ejemplos de la vida cotidiana para dar a entender cómo actúa el pecado: es una condición espiritual (no se ve) pero tiene efectos que pueden llegar a ser enormes y de duración infinita. La lepra es una enfermedad visible que afecta particularmente la piel y las extremidades llegando a carcomerlas hasta hacerlas desaparecer, pero inicia con la entrada de una bacteria (que no se ve) y que tras muchos años puede hacer estragos en la persona. La levadura y la lepra tenían un significado paralelo en las Escrituras, eran elementos que Dios rechazaba en su santidad. En la pascua, no se podía cocinar pan leudado, en Israel un leproso no podía estar en medio de su pueblo ni ingresar al templo. La enseñanza no apunta a discriminar al enfermo, sino a recordar que Dios es tres veces Santo y que el pecado nunca puede estar en su presencia. Será Jesús quien se acercará a los leprosos para sanarlos, una señal milagrosa exterior de lo que su muerte puede redimir de nuestro ser interior, si es que nos refugiamos en él.

El acto de la redención y el carácter de Dios

¿Por qué la Pascua tiene agregado el derramamiento de sangre de un animal inocente y la prohibición de comer pan con levaduras?

¿Por qué junto con el cordero se debían comer hierbas amargas?

Porque en el acto de la redención, Dios desplegó todos sus atributos perfectos. Su justicia reclama que todo aquello que ofenda su santidad caiga bajo su justo castigo. La obra del Señor en la cruz reúne todos los elementos de la pascua para glorificar el carácter de Dios. Un Dios justo debe reclamar el pago por el pecado. Seamos las personas conscientes o no, todas sin excepción hemos ofendido el carácter santo de Dios. Pero el mensaje del evangelio dice que Dios también ofrece el medio para que se efectúe el pago del rescate de la condenación que todos merecemos: aceptar a nuestro favor la obra del cordero que quita el pecado del mundo.